



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12223

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 11 DE AGOSTO DE 1902.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassan n.º
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Calle los 15

LAS FIESTAS DEL MAR

Con extraordinaria concurren-
cia se han celebrado las dos noches
últimas la Velada marítima y los
Fuegos acuáticos.

La primera fué presenciada por
enorme gentío, que desde el muelle
ó embarcado vió llegar y discus-
rir por la porción de mar acota-
da las naves del Ayuntamiento y
después las que se disputaban el
concurso.

La circunstancia de habernos
ocupado el día antes de la fiesta en
describir cada uno de los botes que
tomaron parte en la misma, nos
releva de hablar ahora de ellos;
pero no de la fiesta.

Es indudable que va siendo el
festejo propio de esta población;
pero es también cierto que no se
le cuida tanto como se debe.

Los barcos del Ayuntamiento
muy bonitos; pero todos de traspa-
rentes, sin que haya habido uno
realmente iluminado para romper
lanta monotonía.

Se argüirá que para eso se nece-
sita aumentar la cantidad destina-
da á la velada. Se aumenta; ya he-
mos dicho, y el público que á ella
asiste lo va demostrando, que la
velada marítima constituye un
programa. Si en éste figurara solo
aquel festejo la atracción sobre el
público de fuera sería igual que
ahora.

Respecto á la zona de la fiesta
hubo el año pasado algún desor-
den y algo de eso dijeron los pe-
riódicos. Este año se ha procura-
do prevenirlo, pero no se ha podi-
do lograr.

¿Por qué? No lo sabemos; pero
es el caso que los botes que asis-
tían como espectadores se fueron
meliendo dentro de la zona aco-
lada, hasta que la invadieron por
completo.

Anoche, en la función de los
fuegos acuáticos, ocurrió lo mismo.

Conforme iba avanzando el pro-
grama de los fuegos, iba avanzan-
do por la izquierda un bosque de
mástiles que quitaba la vista á las
tribunas y á las personas que esta-
ban ocupando las sillas, y lo que es
peor, que los conductores de botes
que formaban el grupo, sabían, por-
que se había publicado por edictos,
donde debían estar y donde no.

Y ocurrió lo que tenía que ocu-
rrir; lo que sucede siempre con el
mal ejemplo. Los de la izquierda,
que vieron avanzar á los de la de-
recha pensaron que ellos no eran
menos que nadie.

Y esta claro, avanzando unos y
otros, la invasión fué completa y
se fastidió cumplidamente el señor
Pedro, es decir los que ocupaban
los sitios de pago. Además de esto
hay otra cosa que merece fijar la
atención para ocurrir á su remedio.

La Velada marítima estaba se-
ñalada para las diez de la noche
del nueve y no se celebró en ese día
sino á la una del diez.

Tres horas esperando es mucho
tiempo, y cuando al fin comienza
esta uno harto de velada.

Se hace incomprensible espera
tan larga; y sino se evita esa mor-
tificación, el público algún día pro-
testará ruidosamente de ese abuso
y del otro; de las esperas sin jus-
tificación y de que se le ponga de-
lante una nube de barcos.

A CARTAGENA

LA CANCION DE UN EMIGRADO

LEMA: *Maria Stella.*

Del verde olivo á la apacible sombra
que cobija mi frente
por tristes pensamientos abrumada;
bajo un cielo tranquilo y esplendente,
y escuchando el rumor que entre la alfombra
de blando musgo y yerba perfumada,
causa la brisa, desde el mar llegada:
errante peregrino
penando vivo en extranjeros lares,
y lloro mi destino,
mi patria al recordar, como el marino
llora su suerto naufrago en los mares.

Aquí, sintiendo halagadora en torno
la voz dulce y querida
del servidor leal, del tierno amigo,
viendo mi humilde granja circuida
de umbrosa vega en todo su contorno,
¿por qué me encuentro sólo y sin abrigo,
y, entre venturas tantas, no consigo
un goce verdadero,
y de amigos y deudos impaciente
dejar el lado quiero
y contemplo en mi hogar, ¡ay! solamente
el hogar sin calor del extranjero!

Arista humana que arrancó sañudo
de la tierra nativa
el violento huracán enfurecido,
en cuya ardiente ráfaga cautiva
llegó á verse mi alma, hasta que pudo
encontrar el descanso apotecado,
eso fué. La desgracia me ha traído
á esta playa extranjera,
y aquí vivo, cual triste gaviota
que herida y prisionera,
si pretende volar, ve an ala rota
y no puede volver á su ribera.

Venid á mí, recuerdos del pasado,
veneradas memorias
de aquella hermosa y noble patria mía,
cuyas santas leyendas, cuyas glorias
tantas veces mi afecto ha recordado;
venid á mí, poblad mi fantasía,

y como oasis cuya fronda umbría
da al viajero la calma,
conceded á mi pena algún consuelo:
y así como la palma
desde el oasis se levanta al cielo,
al cielo que perdí subidme el alma.

Una casita blanca, entre una huerta
que á los rayos dorados
de alegre sol mostraba sus verdoros;
bosquecillos de olivos y granados
y una tierra feraz, siempre cubierta
de trigos, de maizales y de flores,
rumor de frondas, pájaros cantoros,
esto fué, por fortuna,
el lugar donde vi la luz primera,
tierra como ninguna,
que el sol acariciaba en su carrera
y besaban los rayos de la lluvia.

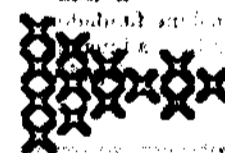
Y enfrente y algo lejos .. es fumada
entre los nubes tules
de una atmósfera pura y cristalina,
entre montañas cárdenas y azules,
y por mural corona aprisionada,
se hallaba una ciudad; — perla marina
depositada al pié de una colina,
bella y gentil sirana
que al hallar tan hermosos horizontes
y región tan serena,
se hizo reina del mar y de los montes
y reina de mis campos: — ¡Cartagena!

Niño yo y en mi huerta, oden tranquilo
que la noria incesante
poblaba de rumores quejumbrosa;
viendo correr el agua focudante,
que por la acequia en plateado hilo
se deslizaba rauda y sonora,
cuántas veces, buscando la amorosa
paternal compañía,
al dueño de la huerta me acercaba
y á sus brazos subía,
y cuántas veces él así me hablaba,
al rumor de aquel agua que corría:

— Esa tierra que ves roja y morena,
que el agua va regando,
es la tierra más fértil de Levante;
si el hombre, alguna vez, canalizando
lejano río, esta campiña llena
de riego dulce, fresco y abundante,



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



QUELLA misma noche llegó Selim.
Cuando vió á Hanja encendióse de mo-
mento el rostro, cual si tuviera ascuas en él, y luego
palideció horriblemente. Durante unos segundos pa-
do leerse en sus facciones la terrible lucha que soste-
nian en su pecho el corazón y la conciencia.

Perfectamente se adivinaba que aquel niño ciego
y alado, el Amor, también á él le había abandonado.
Más el joven se dominó, á sí propio, abrió los bra-